

que siempre pierden los cobardes aquello por lo que temen. Así cuando Foscarini se presentó á Bonaparte para tratar de la cuestión de la neutralidad de Venecia,—1.º de Junio,—Bonaparte no sólo tenía ya resuelto su plan sino su ejecución.

Foscarini fué tan mal recibido, que el pobre hombre lo consideró todo perdido, y no le parecía mal que los franceses ocupasen á Verona para asegurar el curso del Adige, pero el infeliz no sabía que mientras Bonaparte le asustaba amenazando reducir á cenizas la ciudad que había sido por algún tiempo la corte de Luis XVIII, Massena asustaba con sus cañones á la ciudad en cuestión que amedrentada abría sus puertas al general francés.

Tras de Foscarini fueron nuevos comisionados al cuartel general francés para desenfadar al joven que tan insolentemente trataba á la República veneciana, pero esta vez hallaron en él al hombre más galante del mundo. Verona había sido ocupada, y ahora lo que convenía era que los venecianos no trataran de quitársela de sus manos. Pero como esto no era de prever, los venecianos habían mandado á la capital varios batallones de esclavones para ponerla en estado de defensa, se reunía dinero, y Bergamo que no podía sufrir las rapiñas de la soldadesca francesa ofreció 10.000 hombres armados y sostenidos por su cuenta y riesgo. De todo estaba enterado Bonaparte y esperaba sacar de ello el mejor partido. Pesaró era el alma de esa política de resistencia, y Pesaró se encontraba con que el Senado públicamente en 11 de Junio, declaraba que quería mantenerse en la neutralidad, inutilizando así, todo lo que podía salvar la inminente ruina de Venecia. Pesaró se veía por otra parte solicitado por Lalleman embajador de Francia, para que Venecia entrase en una alianza con Francia, y le hacía ver el estado entero veneciano en peligro, porque Austria quería sus posesiones de tierra firme, y Rusia, sus islas jónicas, pero Pesaró declaraba esto imposible, en primer lugar, por la misma actitud tomada por el Senado veneciano.

Desde el momento en que Venecia acordaba mantenerse indefensa en medio de dos enemigas poderosas pronto á servirse de ella, Bonaparte no tenía por que apurar un estado que le dejaba en tranquila posesión de varias de sus principales ciudades, así, sin apurarla más, pero siempre con la amenaza en los labios se la dejó entregada á su servil debilidad.

Otra negociación había llevado Bonaparte por estos mismos días con los napolitanos. El rey de Nápoles, en vista del sesgo que tomaba la guerra y de la cobardía de los príncipes del centro de Italia,

temió verse de un momento á otro cara á cara con los franceses, y quiso celebrar una tregua con Bonaparte, á quien le ofrecía retirar la caballería napolitana que estaba á las órdenes de Beaulieu. Fué el príncipe de Belmonte Pignatelli, quien tuvo que avistarse con el general francés, que se mostró dispuesto á concederle la tregua que pedía siempre que se le dieran ventajas reales, que, Belmonte, no quiso saber lo que por esto debía de entender, pues daba por ventaja más que real la retirada de los napolitanos del ejército austriaco. Como Bonaparte no estaba en el caso de emprender una guerra contra Nápoles y esto lo sabía bien Belmonte, éste se mantuvo firme á pesar de todas las bravatas del joven conquistador, y Bonaparte tuvo que resignarse poniendo por condición de la tregua que la caballería napolitana pasaría á establecerse en Brescia, es decir, en medio de las divisiones francesas.

Firmado este tratado,—5 de Junio,—Bonaparte regresó á Milán y después de su sitio en regla de algunas semanas, hizo rendir la guarnición austriaca que aún estaba en la ciudad de Milán. Ahora urgía arreglar el gobierno de Lombardía.

La tregua entre Francia y el Piamonte, se había convertido en paz. Se había cedido á Francia á Niza y Saboya, y hasta la conclusión de la guerra, Francia, además de las anteriores plazas fuertes, ocupó la de Alejandria cuyas guarniciones francesas habían de ser pagadas y sostenidas por el Piamonte que además concedía á Francia que destruyera las obras de defensa de Susa y Brunetta construídas contra ella, y la posición de varios caminos militares que facilitarían sus comunicaciones con Bonaparte. Por último se le había obligado á poner en libertad á todos los presos políticos. En esta situación Cerdeña no era más que un vasallo y ya no se había como antes de procurar ganar su amistad, sino ver cómo se le mantenía en la obediencia. Y á Víctor Amadeo esto se le dijo sin embajes, al proponer éste la paz. La situación había cambiado, y por consiguiente, ya no se trataba de cederle el milanesado, á lo sumo una rectificación de fronteras por este lado sin importancia.

Respecto de la Lombardía, el Directorio y Bonaparte volvieron á encontrarse frente á frente. Quería el Directorio que se guardase la Lombardía como un país de conquista no para anexionarlo un día á Francia, sino para prenda de la paz con Austria, para hacerla posible sin humillaciones, y Bonaparte quería hacer de ella una república independiente, naturalmente, bajo el protectorado de Francia, que sirviera siempre para abrir á ésta el camino de Ba-

viera y de Viena. Así alentó en la juventud lombarda el espíritu de independencia, le ofreció su apoyo, y consiguió que una diputación respetable fuera á París á reclamar la protección de Francia contra la dominación austriaca. Esta petición hecha en regla, había de encontrar desde luégo, buena acogida en París y en el Directorio, Rewbell y la Revelliere que querían republicanizar el mundo, habían de apoyarlo. Pero Bonaparte había ya imaginado la manera de darle un apoyo por su parte, más eficaz que el de sus cartas de recomendación.

Convencido que por de momento no debía temer que los austriacos bajaran á la Lombardía trato de realizar en lo posible aquella marcha al Sud de la península, objeto de todos los deseos del Directorio, y causa principal de aquella división de mando que por poco le cuesta la dirección de la guerra.

Ordenó, pues, á Augereau y á Vaubois que le había traído una división de refuerzo que por Módena marchasen á márchas forzadas á Ferrara y Bolonia, dos de las principales ciudades de las Legaciones. El Papa, pues, iba ahora á encontrarse frente á frente con la revolución que tanto había hostigado y perseguido. Interin marchaba él á Tortona para escarmentar á algunos pueblos que no se mostraban muy dóciles á la dominación francesa, pero en realidad para subordinar á la República de Génova.

Mandó á su senado al general de caballería Murat para que le dijera que ocuparía militarmente la república si continuaba siendo centro de conspiraciones y de tramas contra los franceses y sus amigos. Génova, al notar tan cerca al invicto general, se asustó, dió toda clase de excusas, y Bonaparte se retiró satisfecho por haber demostrado que en realidad existía causa para su intervención.

Corrió ahora al encuentro de Augereau ó mejor de la curia romana, para la que parecía que habían vuelto los días de la lucha entre el sacerdocio y el imperio.

El gobierno pontifical estaba aterrado. No tenía un solo aliado; las potencias católicas no podían hacer nada en su favor. Francia era su enemiga, Austria y Alemania tenían que defenderse de Francia; España se inclinaba ahora á una alianza con la república; Polonia no existía, Nápoles había pedido la paz.

«El gobierno eclesiástico, dice Sybel, que somete á la misma dominación el cuerpo y el alma. El derecho y la moral, los bienes y la cultura intelectual de sus súbditos, había, al ahogar la libertad, enervado el Estado en todos sus miembros. La mayor de sus habitantes vegetaban en la ociosidad y

en la ignorancia, unos indiferentes, otros agriados contra el gobierno; la Hacienda estaba empobrecida y el bienestar iba disminuyendo de día en día. Lo que se llamaba el ejército papal era la milicia más pacífica de Europa; sus batallones se desbandaron á los primeros tiros de los franceses. A una orden de Bonaparte, los comandantes de los fuertes se presentaban en el cuartel general francés, y se constituían sin resistencia prisioneros de guerra, ellos y sus tropas.»

Así el avance de Bonaparte no fué más que un paseo militar y la ocupación de las legaciones sólo tardó en ser un hecho el tiempo necesario para llegar de un pueblo á otro. Batallas y combates, ninguno. Sólo algunos tiros como dice muy bien Sybel para asustar y nada más.

La Revelliere, iba, pues, á ver realizado su sueño del papado destruído. Pero el Directorio no era Bonaparte, y éste creía que el papado expulsado violentamente de Roma por la revolución, renacería pujante en cualquier otra parte, y que en cambio el papado humillado y sumiso á Francia había de ser una arma poderosa para la pacificación de Francia y de Europa.

Fué el embajador de España en la Corte pontificia, Nicolás Azara, que desde la paz de Basilea iba y venía para defender los intereses de España, liberal del siglo XVIII, gran enemigo de los jesuitas á cuya extinción trabajó no poco, y no menos gran protector de los artistas, y partidario de una inteligencia entre España y Francia, quién se presentó al cuartel general francés para ver de obtener una tregua en favor del Papa, regalando de paso al joven general, un busto de Alejandro que él había descubierto en Roma y era el único que pasaba por auténtico, que es el que hoy se ve en el museo del Louvre de París.

Azara, en cambio de la tregua, ofrecía cuatro ó cinco millones.

Bonaparte á pesar de que no iba á otra cosa más que á una tregua, le despachó con tremendas amenazas é imponiendo condiciones durísimas. Todo, pues, parecía roto cuando Azara recibió orden de presentarse de nuevo á los representantes del Directorio quienes le hicieron aceptar como gran concesión, y por obsequio á España, la tregua á condición de que el Papa pagase veintiún millones, entregase 100 obras de arte y 200 manuscritos preciosos. Además Ferrara y Bolonia debían quedar bajo la vigilancia de Francia, y Ancona debía recibir guarnición francesa, las legaciones debían por su parte apuntar trece millones en especies sonan-

tes, en provisiones, y en fin, se debía dar inmediatamente libertad á todos los presos políticos, y expulsar á los ingleses de todos los puestos de los Estados pontificios. La paz que debía seguir á esta tregua se fué difiriendo por consejo de Bonaparte.

Dos días después de haberse celebrado este tratado que causó en París el mismo entusiasmo que la más grande de las victorias, daba orden al general Vaubois que desde Pistoja, en donde estaba, marchase á Liorna.

Motivo más ó menos justo para esta ocupación, no faltaba, ya que los ingleses en Liorna entraban y salían y tenían grandes almacenes para el abastecimiento y aprovisionamiento de su escuadra cubierta con la bandera comercial. A buscar estos almacenes fué el general Vaubois y, en efecto, dió con ellos secuestrándolos en seguida. La presa se estimaba en cuarenta millones áun cuando se perdió mucho en la venta, porque Bonaparte no era escrupuloso, y dejaba que á su lado todo el mundo hiciera su agosto, sólo él se mantenía íntegro y pobre, como quien sabía que por él se había de juzgar á los de su alrededor.

El gran duque de Toscana, el hermano del emperador de Austria, dejó hacer porque no podía impedirlo tampoco, pero no se atrevió á protestar ni á reclamar con energía el respeto de sus Estados. Delante de Bonaparte ya todo cedía, nadie se atrevía á disgustarle.

Ahora sólo le faltaba á Bonaparte completar su campaña con la toma de Mantua que aún resistía porque hasta entonces no había tenido el ejército

francés artillería de sitio, pero en las legaciones la había encontrado, y ahora iba con ella á rendir el último baluarte de la dominación austriaca.

¿Por qué Bonaparte quiso guardar las legaciones bajo la vigilancia francesa?

Creíase que por motivos militares. Por estar seguro de llegar á Venecia antes que los austriacos, si se presentaban por Udina, para marchar sobre Nápoles desde Ancona, si Nápoles se movía. Pero el pensamiento de Bonaparte era otro. A la futura república lombarda quería darle un aliado que no había de ser menos adicta que ella á Francia, la República romana. De modo que junto con la de Venecia, iba á organizar un fuerte centro republicano en Italia, capaz de tener en jaque á todos los estados monárquicos de la misma que áun tenían que dejar en pié por conveniencias políticas. Bonaparte estaba, pues, áun lejos de pensar que se pudiera ser otra cosa que republicano. Decimos esto porque el mariscal Marmont, en sus *Memorias*, parece que quiere dar á entender que Bonaparte, por este tiempo ya pensaba en la corona imperial. No; las cosas nunca vistas que auguraba Bonaparte, no eran para éste superiores á las que acababa de realizar en Italia, mas que por tenerlas que pagar el imperio. ¿Pues puede darse nada más maravilloso que lo hecho por los 50.000 hombres que Bonaparte encontró en Savona, en poco más de tres meses? ¿Será tan afortunado en la campaña de verano?

¿Cómo se explica que desde el 10 de Abril hasta fin de Junio no hubiera Austria mandado un nuevo ejército á Italia, ya para sostener á Beaulieu, ya para impedir que Bonaparte saqueara á Italia?



CAPITULO III

LA GUERRA EN ALEMANIA

Fuerza y actitud del ejército alemán.—Destitución de Pichegru.—Moreau le reemplaza.—Estado del ejército francés.—Por qué se paralizaron las operaciones.—Inglaterra insta la paz.—Thugut acepta la indicación.—Condiciones de Francia.—Efecto de las victorias de Bonaparte.—Denúnciase el armisticio.—Angustias de Marceau y Sain-Cyr.—Plan de campaña del archiduque Carlos.—Evacua la orilla izquierda del Rin.—Wurmser nombrado para jefe del ejército de Italia.—Kleber inaugura las operaciones.—Paso del Rin en Dusseldorf.—Vencen los franceses en el Lahn.—Derrota el archiduque á Jourdan en Wetzlar.—Vence Kleber en Uckerath.—Consuela Carnot á Jourdan.—Moreau pasa el Rin.—Derrotan Desaix y Gouvion á Latour en Kuppenheim.—Batalla de Ettlingen: retírase el archiduque.—Batalla de Friedberg: retirada de Wartensleben.—Atácale Bernadotte.—Abandónase la Franconia á Jourdan.—Dase orden á Moreau de que se acerque al Tirol.—Recursos que sacan los franceses de Alemania.—El Wurtemberg pide la paz.—Imita su ejemplo Baden.—La Suabia entera sigue este movimiento.—Sus resultados y consecuencias: 7 de Agosto de 1796.—Despierta el sentimiento nacional alemán.—Desarma el archiduque los contingentes de Franconia y de Suabia.—Los sajones disgustados se retiran del ejército.—Sajonia se declara neutral.—Apuros de Prusia para que se respete la neutralidad de la Alemania del Norte.—Proposiciones de Francia para respetarla.—Contraproposiciones de Prusia.—El príncipe Enrique de Prusia: sus planes políticos.—Tratado secreto de 5 de Agosto de 1796 entre Francia y Prusia.—Ocupan los prusianos á Nuremberg.—Los ciudadanos de Nuremberg piden su anexión á Prusia.—El archiduque abandona á Moreau para unirse á Wartensleben: batalla de Neresheim.—Saint-Cyr propone correr tras del archiduque.—Atacan el archiduque y Wartensleben á Jourdan: batalla de Amberg.—Jourdan bate en retirada.—El general Hotze amenaza su retirada.—Batalla de Würzburg: 3 de Setiembre.—Muerte de Marceau.—Repasa Jourdan el Rin.—Refuerza el archiduque á Latour.—Moreau derrota á Latour en el Lahn.—Desaix derrota nuevamente á Latour.—Fracaso de Ferino delante de Munich.—Moreau se retira.—Moreau derrota á Latour en Biberach.—Saint-Cyr insiste para que se socorra á Jourdan.—Moreau se retira detrás del Rin.—Vuelven los beligerantes á sus antiguos acantonamientos.—Paralizanse de nuevo las operaciones.—Sus causas.

UN cuando los austriaco-alemanes tenían en el Rin con el archiduque Carlos y con el general Wurmser fuerzas muy superiores á las francesas en número, en organización, en caballería y en artillería, pues del ejército francés del Rin podían decir sus generales lo que Bonaparte dijo del de Italia, y que además por la punta hecha en el palatinado tenían la casi seguridad de dividir en dos el ejército francés del Rin, el del bajo Rin, ó de la Sambre que mandaba Jourdan,

y el del alto Rin ó de Alsacia que mandaba Moreau, el ejército se mantenía arma al brazo y no se denunciaba el armisticio.

Francia á las reclamaciones incesantes de los generales acerca del estado de penuria del ejército que agravó Pichegru, haciendo que su ejército acampase al raso, evidentemente con la idea de que se pronunciase irritado por los sufrimientos contra el Directorio, lo que fué causa de su destitución y reemplazo por Moreau que tomó el mando del ejército